



# Presentación

**E**n este mes la literatura tiene la palabra, ya su alrededor se convoca un mágico encuentro: "Literatura en Abril".

Esta iniciativa que nace en nuestra universidad, y a la cual la **Agenda Cultural** se une por medio de la presente edición, es tan sólo el preámbulo para otras celebraciones que, al ritmo de las palabras, nos permitirán redescubrir de la mano de Borges, de Neruda, de Cortázar y de otros muchos, la necesidad inaplazable de llenar con la literatura nuestra vida cotidiana.

Es precisamente esta posibilidad la que ofrecemos a nuestros lectores, mediante las reflexiones sobre la literatura, escritas por Mario Escobar y Germán Sierra; anotaciones sobre la obra poética de Piedad Bonnett, en el texto de Doris Elena Aguirre; o en la aproximación que José Manuel Arango nos hace al último libro de William Ospina.

Reflexiones que esperamos motiven la amplia participación del público en este homenaje que la literatura le hace a la palabra.

## [in] definiciones de la literatura

Por: Luis Germán Sierra J

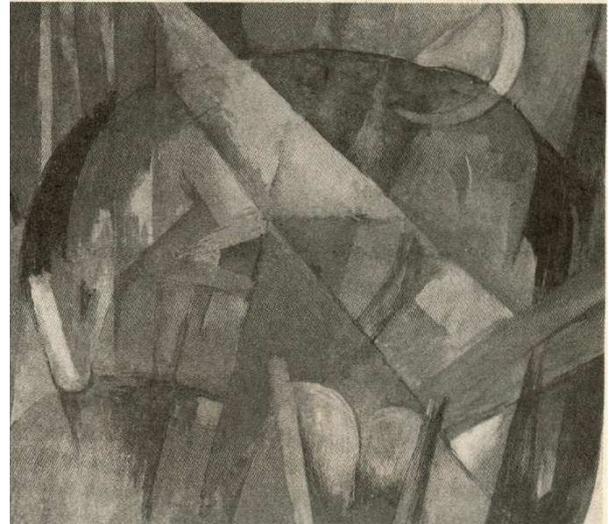
¿En qué momento nació la literatura? ¿Quién la creó? ¿Por qué y para qué? Las preguntas no cesarían y las respuestas, pese a ello, tal vez no aparezcan. O por lo menos en la forma como sí aparece el padre de la física, de la química, de la medicina, etc., y los datos que proveen a estas disciplinas de un tiempo y un espacio en la vida de los hombres.

¿Sería Dios quien, creando a los hombres, no hizo más que recrear la Nada que los antecedió y, con ello, un relato inagotable, una novela-río, final abierto y sin moraleja?

¿Tal vez Eva, que con sus argucias permitió que el mundo no fuera plano y aburrido como dicen que es la felicidad absoluta, a la que estaban condenados (ella y Adán y después todos nosotros) en el paraíso-rebaño, sin mentiras ni pecados?

Dios, Eva, o el niño que acaba de nacer y recibe al mundo con una metáfora: ¿No es ese primer grito la representación o el símil tanto de su lengua como de sus iras y sus amores futuros? ¿Quién dice que no pueden ser todos los niños los inventores de la literatura, y que todos ellos no traen “un cuento debajo del brazo”?

Se trata es de dar rodeos. De hablar de lo improbable, de lo que es mensurable



Fragmento *Animales de fábula II*. Franz Marc. 1913

sólo a instancias imaginación, no de las academias, ni siquiera de los libros, tantas veces inocentes, tantas veces inocuos.

El poeta Luis Cardozo y Aragón dijo algo que tampoco es indemostrable (pero cierto), que la poesía es la única prueba concreta de la existencia del hombre.

Tal vez el primer gesto del primer hombre sobre la tierra hubo de ser literatura, pues debió ser el signo de alguna necesidad de comunicar (¿a otros, al aire?) su existencia, su dolor, su alegría, su soledad. Y volviendo a Dios, con él se presenta la primera vez en que un gesto, su soplo creador de Adán, es una metáfora, es decir, literatura.

No hay un solo argumento, no hay un solo punto de partida. La literatura se

rebela a ser encasillada en ni ningún cronograma. Ahora mismo, un niño en cualquier lugar del mundo estará escuchando las historias de Alicia en el país de las maravillas, y ese niño tendrá ya para siempre un sueño llamado literatura, sin la necesidad de las explicaciones. En el mejor de los casos, Alicia habrá encontrado alojamiento en el alma de ese niño que, también en el mejor de los casos, nunca perderá su alma, entonces la literatura lo salvará también para siempre de no perder la inocencia ni el asombro, condiciones absolutas del arte literario.

Homero, Safo, Cervantes, Lao Tse, Boccacio, son referentes de la cultura, como al igual lo son las, guerras, los grandes descubrimientos, los peores desastres, los libros, los nombres de quienes a lo largo de la historia han encarnado el poder o la resistencia del poder...

Es difícil referirse al progreso, si hablamos de literatura. Las civilizaciones evidencian progresos en

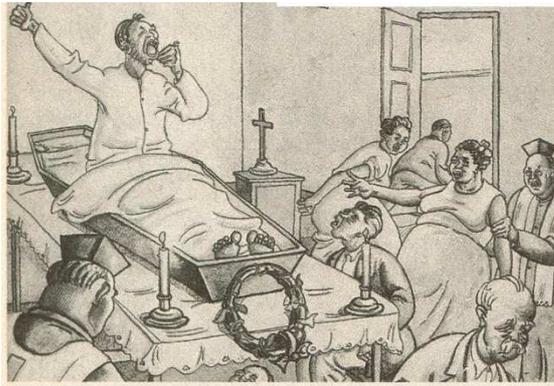
tanto las formas de sus costumbres cambian influidas por los aportes técnicos y científicos que las agilizan, simplifican y perfeccionan, enmarcado todo ello en los complicados procesos de producción, fase final que avala o no aquel concepto de progreso. En literatura no. El primer hombre narrador o poeta es igual al último, si tornamos en cuenta que lo que anima y da vida duradera a su trabajo es el arte, su capacidad individual de recrear el mundo. Por ello, tal vez, la literatura se alimenta de literatura, no de técnicas ni de ciencia. Ellas son apenas vehículos que la ayudan, pero no pueden insuflarle arte, creación.

Manuscrito en una pared o en un papel o tecleado para la pantalla de un computador, a un poema sólo lo salva del olvido del lector, la íntima posibilidad de estremecer que haya en quien escribe.

*Luis Germán Sierra es el Coordinador Cultural del Sistema de Bibliotecas de la Universidad de Antioquia.*

## Emiro Botero en el Edificio San Ignacio

En la Sala de Arte del edificio San Ignacio, del 6 de abril al 8 de mayo de 1999, se presentará parte de la obra plástica de este maestro regional, en un montaje denominado "El humor hecho pintura, homenaje al maestro Emiro Botero"



Por: Liliana Hernández

**N**acido en Tadó (Chocó) el 16 de febrero de 1914, vivió desde los primeros años de su vida, en el barrio Buenos Aires de Medellín. Allí tuvo su taller, el que todavía existe, rodeado de extensas panorámicas, lo que le proporcionó un ambiente adecuado para contemplar la naturaleza.

Su ingenio y reconocida vocación por la pintura y el dibujo lo llevaron a estudiar a la Escuela de Bellas Artes. Allí fueron sus profesores para ese entonces los ya reconocidos maestros Humberto Chávez, George Basseur y Eladio Vélez de quienes aprendió las técnicas de la plumilla, el lápiz, la acuarela, el pastel, el óleo y el acrílico.

"Terminó sus estudios en Bellas Artes con óptimos resultados y después de un

período dedicado intensamente a ejercer su arte, con lo cual su nombre, avanzó por su originalidad y luego de varias exposiciones individuales y colectivas en las ciudades de Santafé de Bogotá, Medellín, Manizales y Cali, viajó a la ciudad de Mérida (Venezuela) a exponer sus cuadros, los cuales fueron objeto de muchos reconocimientos. En 1964 fue invitado a la Universidad de Stanford, en California, Estados Unidos, a una exposición de sus obras la cual no sólo fue muy bien recibida 'por numerosos visitantes, sino que le mereció favorables comentarios de artistas y críticos extranjeros. Cumplido el período para exponer con los mejores éxitos, aprovechó su permanencia en el país del Norte para visitar otras ciudades y detenerse en el conocimiento y observación de museos y centros culturales de renombre."<sup>1</sup>

Su obra comprende los géneros como el retrato, el paisaje y particularmente el humorístico, el cual desarrolló con gran virtuosismo y elegancia, “en recreantes expresiones con gracia y exactitud.”<sup>2</sup>. Así mismo, aunque con menor frecuencia, la caricatura fue el medio con el que criticó los acontecimientos sociales y políticos de actualidad en varios periódicos del país.

Para el maestro Emiro Botero, su existencia fue sinónimo de observación, análisis y reflexión. Su obra testimonia historia de hondas percepciones<sup>3</sup> hacia lo simple y lo bello.

Emiro Botero murió el 22 de septiembre de 1986. El Museo Universitario de la

Universidad de Antioquia reúne parte de su obra plástica en la Sala de Arte del edificio Ignacio, del 16 de abril al 10 de mayo de 1999.

Esta representativa exposición denominada, “El humor hecho pintura, homenaje al maestro Emiro Botero” rescata los valores artísticos más perdurables de nuestra región.

1. GUTIÉRREZ, Raúl. Catálogo I NVATEX. sin fecha
2. Ibid.
3. Ibid.

*Liliana Hernández es Curadora de la Sección de Artes del Museo Universitario.*

# Las auroras de sangre

Por: José Manuel Arango

Afirmar que las *Elegías de varones ilustres de Indias* “es el libro más importante que se escribió en Colombia antes de *Cien años de soledad*”; comparar a Juan de Castellanos con Walt Whitman, “ese hijo de la otra mitad del continente”, al que nuestro poeta precedió en “la mística celebración de América y la apasionada enumeración de las infinitas cosas de su mundo”: se necesita coraje para intentar deshacer cuatro siglos de crítica y plantear una valoración nueva de una obra.

William Ospina, en *Las auroras de sangre*, acumula argumentos para apuntalar sus aseveraciones, que ya algunos han tildado de, cuando menos, exageradas y nos contagia su entusiasmo, nos abre las ganas de leer, con otros ojos, ese mamotreto, “el poema más largo de la lengua

castellana”, y “uno de los más extensos del mundo, superado apenas por algunas epopeyas hindúes escritas, sin duda, por los dioses”.

En una prosa fluida y transparente, cada vez más suya, y que ha merecido los elogios de otros dos estupendos prosistas nuestros, Vargas Llosa y García Márquez, William Ospina se deleita con los endecasílabos de las octavas reales de Castellanos: Y nos hace advertir su tono y su ritmo. Nos recuerda que el poeta Tunja escribía en un verso que acababan de aclimatar en la lengua Boscán y Garcilaso, y esto mucho antes Quevedo y de Góngora y por la misma época de Luis de León y San Juan de la Cruz. De modo que -se atreve también uno a pensar- nuestra poesía no irrumpió en el español sólo con Silva y Rubén Daría, sino ya los orígenes del siglo de oro.

Dámaso Alonso nos enseñó a detenemos, para saborearlos, en ciertos versos de Quevedo y de Machado, de Garcilaso y de Góngora. Es también delicioso degustar, aquí y allá, los de las Elegías:

La gente natural es bien dispuesta  
Y pura desnudez su vestidura.

“Este último verso es bello por su oximoron y rima interna, pero también por el destello de nobleza humana que pone en él el adjetivo ‘pura’ que, en un orden mental que proscribía la desnudez como pecado, logra servir incluso de atenuante moral.”

Pero más allá de la letra, este ensayo que sobrepasa las cuatrocientas páginas y, sin embargo, más que dejarse leer se hace devorar, nos muestra el espíritu de Castellanos, un hombre cuya visión del mundo era la del Renacimiento. Nacido en un pueblecito que, aunque pequeño, estaba en la encrucijada por donde pasaron como la romana y la árabe, vino adolescente a América como soldado y aventurero. Pero a diferencia de, por ejemplo, los Pizarras, no estaba cegado por oro sino deslumbrado por la novedad y la diversidad casi infinita de esta “tierra buena”.

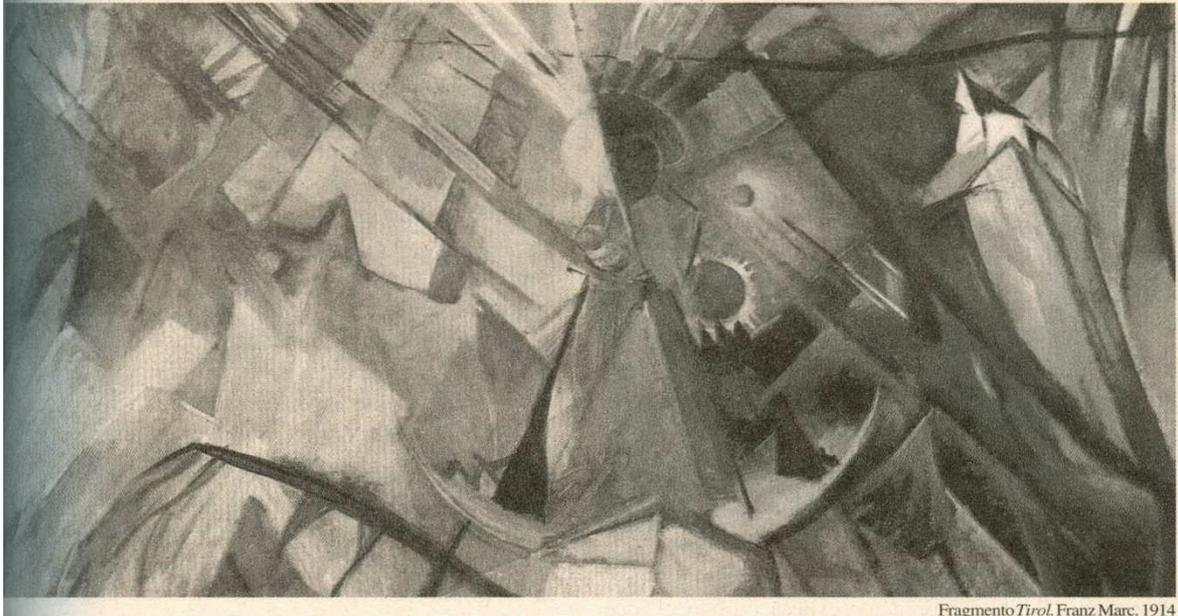
Y se empeña en nombrar, esto es, en crear. Porque, como se nos recuerda con una cita de Borges, “nombrar en el comienzo de una literatura, equivale a

crear”. Nombra y describe, con esa amplitud de mente renacentista, las aves, las bestias, los árboles, las costumbres y creencias y rituales del nuevo mundo. Y como la lengua no tiene palabras para tal diferencia, usa los nombres indígenas. Nuestro complejo de colonizados – de hijos de puta, dijo Fernando González- no nos ha dejado nombrar las cosas nuestras con sus propios nombres. Pero Castellanos -antes de De Greiff, digamos, no se avergüenza de cantarle a Bolombolo- incorporó a la lengua esos nombres musicales. Y los puso a rimar con las viejas palabras, latinas o árabes, iniciando así el mestizaje, otro de los mestizajes del español, que en este caso es el nuestro y fundaría la gran literatura que puede enorgullecerse de obras como las Rulfo, José María Arguedas y César Vallejo. En algún punto el autor se pregunta cómo es posible que con tales inicios hayamos llegado a la mentalidad cerrada que nos ha gobernado durante casi un siglo, la misma de don Miguel Antonio Caro y que, precisamente, rebajó siempre a Castellanos.

William Ospina ha escrito, en *Las auroras de sangre*, uno de sus más bellos libros.

*José Manuel Arango es autor de los libros de poemas Este lugar de la noche, Signos y Cantiga y montañas, y se ha desempeñado como profesor universitario del Alma Máter*

## Para convocar el azar



Fragmento *Tirol*, Franz Marc, 1914

Por: Luz Marina Restrepo Uribe

“ Que otros se jacten de las páginas que han escrito; a mí me enorgullecen las que he leído” decía Borges y en esa frase se resume el valor que un escritor de su talla le atribuía a la literatura. Por eso no es de extrañar que para escribir antes haya que pasar por el nacimiento de la lectura, dejarse convocar por los miles de mundos que ella nos muestra, perdemos en sus laberintos y encontrar la palabra que nos redima y nos restituya al mundo de la vida.

Quizás por eso no pueda pensarse la lectura sin la escritura, cómo en un juego de azar, donde lo uno llama a lo otro, sin más pretensiones que describir mundos propios y ajenos, donde la palabra se pone en evidencia, se juega su destino de ser para una comunidad

de hablantes que la requieren para intercambiar sus sentidos de vida, en un movimiento de búsqueda recíproca sin fe ni garantía en lo que se puede encontrar al final del camino.

Lectura de inframundos, esfinges con enigmas, fantasmas que aparecen y desaparecen sin previo aviso, huidas dolorosas, regresos tardíos, pero siempre ese amigo ahí, fiel a su destino de ser voz, aliento, comida, deseo, que no se deja atrapar en la facilidad de una imagen o de un placer consumista, pero que en cambio fue hecho para subvertir todo orden, para crear confusión donde todo se daba por conocido y para abrir nuevas puertas al pensamiento.

Ser esfinge que propone enigmas a los viajeros y estar dispuestos a jugarse la vida en la tarea de resolverlos, parecen decirnos los libros. Ellos son la



Fragmento *La torre de los caballos azules* Franz Marc. 1912-13

propuesta más allá de cualquier futilidad; ni paraíso ni infierno, sólo una trocha empinada y pedregosa que nos lastima los pies y de cuya maraña brotan sabandijas que nos hacen desfallecer de miedo y nos obligan perentoriamente a dejar la lectura, a la cual regresaremos una y otra vez en busca de ese goce que no se deja decir.

Más allá de toda apuesta por la buena literatura está el juego del deseo, del placer y del goce del texto; ese texto que me eligió a mí y no a otro para decirse, para expresarse, para convocar mis fantasmas y mis silencios, mis miedos más recónditos y mis deseos más inconfesables. Para Roland Barthes<sup>1</sup> la lectura, y por ende la escritura, está ligada a la noción de cuerpo y por tanto de percepción sensual.

La escritura es lo que me desea y aquello que yo puedo desear: búsqueda y espera del placer. El propio Barthes establece la diferencia entre texto de placer y texto de goce. El goce se liga

con la pérdida, el gasto, el desenfreno, el estremecimiento y el desacomodo; el goce supone un anonadamiento violento o tembloroso, la inmersión en un abismo. Por su parte el placer se liga a la retención, a la morosidad; es un sentimiento confortable en el que se quiere permanecer y que proviene de la cultura. Por esto el goce podría ser su prolongación intensificada o su contraparte.

El goce es siempre abismal, es lo indecible; el placer, manejable, se puede decir. Hay textos de placer y textos de goce, pero según Barthes la crítica sólo puede hablar de los textos de placer porque de los de goce no se puede hablar sino desde otro texto de goce, un texto que se sitúe en el goce y no lo hable. Por eso quizás en Barthes las palabras cuerpo, deseo y escritura se entrelazan en una red de significantes y sensaciones donde la escritura es el cuerpo profundo, reprimido, el cuerpo del deseo, del goce, es decir el cuerpo erótico; luego la escritura es ese campo de pulsiones, ese espacio marcado por el deseo del otro.

Pero para quienes ingenuamente creen que la lectura-escritura los puede liberar, Blanchot<sup>2</sup> responde que la experiencia no es la salida, porque ella misma no satisface, no tiene valor ni suficiencia, tan sólo libera de su sentido el conjunto de las posibilidades humanas; por eso también todo saber, toda habla, todo silencio y todo fin, incluso ese poder-morir del cual sacamos todas nuestras últimas verdades, no logra colmar todas las

ansias de decir, de expresarse. Es como si la imposibilidad nos acechara detrás de todo lo que vivimos, leemos y escribimos en tanto somos ese azar en que se juegan las palabras su más recóndito sentido siempre a nuestras expensas.

Blanchot propone un nuevo encuentro, el de la suerte de hablar, la de buscar una relación en la cual se juegan las palabras mismas y los propios hablantes. El movimiento de comunicación más simple tiene sus condiciones propias, porque en cada palabra pronunciada o escrita, todo ya está en juego; donde los dos jugadores confían en la franqueza común del pensamiento en la continuación de la partida que para ellos sólo es un final de partida, pero cuya reanudación los juega a ellos mismos de un modo imprevisible, y hacen que respondan momentáneamente al pensamiento de lo desconocido.

Un ir más allá del leer-escribir es lo que propone Blanchot, por eso para él el acto de hablar no cede al de escribir. El habla lleva consigo el carácter fortuito que en el juego, vincula el pensamiento con el azar. El habla depende de la vida, de los humores y las fatigas de vida, es precedera, se olvida; en tanto el escribir vincula con algo más "premeditado", que requiere cierto modo más atención a la hora de juntar

las palabras, que no está sujeto al devenir del diálogo que otro me está proponiendo constantemente, y como si fuera poco, tiende a permanecer por más tiempo en memoria de los hombres.

Esta categoría nueva que se introduce con Blanchot, la diferencia entre habla y escritura, alude al diálogo, ese diálogo que no se reduce a la conversación de dos jugadores, sino que se puede aplicar por extensión a texto y lector, escritor y texto, y donde lo que se apuesta es el azar del pensamiento, ese orientarse juntos por intrincados caminos, ese dejarse llevar por la posibilidad de jugarse en la suerte misma del signo que se es como hombre o mujer, la palabra que se convoca desde el interior de cada uno para que encuentre expresión tanto en el texto que se lee como en el texto que se escribe. Y usted, ¿a qué le apuesta?

1. BARTHES, Roland, "El placer del texto", México, Editorial Siglo XXI, 1971, pp. 187.
2. BLANCHOT, Maurice, "Diálogo inconcluso", Caracas. Monte editores, 1987, pp. 645.

*Luz Marina Restrepo Uribe es Comunicadora Social y estudiante del Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia y se desempeña como asistente del Programa de Egresados del Alma Máter*



Cuadras. Franz Marc. 1913

Por: Doris Elena Aguirre

“De púas, de cuchillos, es la piel del poeta”

Y su estatus frente a la poesía es de instrumento de lo que no cese de decirse a través de la 'palabra que enarbola. Al poeta no sólo le toca reconocerse en esa existencia y en ese mundo de los que va apropiándose, sino que le está impuesta la tarea declaratoria del poetizar.

Para Piedad Bonnett, ese arduo y a la vez feliz trabajo de la poesía le ha significado ir dejando esos testimonios personales en los cuerpos de sus libros, que en conjunto declaran esa paradójica realidad de 'no ser más que la vida'. ¡Nada más! Desde su primer libro publicado: *De círculo y ceniza* (1989), con el que recibió mención de honor en el Concurso Hispanoamericano de Poesía Octavio Paz, pasando por *Nadie en casa* (1994), año en el que ganaría el Premio Nacional de Poesía de Colcultura, con *El hilo de los días* (1995) y *Ese animal*

*triste* (1996), hasta las más recientes publicaciones, como son: *No es más que la vida -Antología poética-* (1998) y *Todos los amantes son guerreros* (1998), ha ido configurando ese universo de palabras, imágenes y objetos consustanciales a todo poeta.

Y en este caso, el de Piedad Bonnett, habrá que establecer las coordenadas de su universo en los terrenos de la vida, en sus facetas cotidianas, en el ser orgánico que marca sin falta la dimensión de lo humano. Ella que habla con la voz multicolor de la poesía, posible espada que pone entre ella y el mundo, pero a la vez sutil telaraña con la que el mundo evita perderla. Su decir puede tener las intensidades del dolor de César Vallejo: inevitable hacer la relación, pero también puede elevarse solitaria, íntima, insuflada por la revelación que toca su fibra poética.

## Del reino de este mundo

Hablo  
de la muchacha que tiene el rostro  
desfigurado  
por el fuego  
y los senos erguidos y dulces como dos  
ventanas  
con luz,  
del niño ciego al que su madre le  
describe un  
color inventando palabras,  
del beso leporino jamás dado,  
de las manos que no llegaron a saber  
que la  
llovizna es tibia como el cuello de un  
pájaro,  
del idiota que mira el ataúd donde será  
enterrado  
su padre.  
Hablo de Dios, perfecto como un  
círculo,  
y todo poderoso y justo y sabio.<sup>1</sup>

## Ahora

Porque ahora paso mi mano sobre el envés de las  
hojas y sé leer su alfabeto  
y si cierro los ojos oigo correr un río y es tu voz  
que despierta

porque mi cuerpo comienza ahora en ti y acaba  
más allá de la lluvia  
donde alcanzan tus brazos y el miedo acuartelado  
no vigila

y sé llamar las cosas  
de modo que éstas salten se desnuden  
y todo sea reciente  
para mis ojos que aman en tus ojos

porque en mi llanto crecen blandas plantas  
carnívoras  
y mi sangre palpita como una iguana abierta

porque ahora mi cuerpo recupera sus partes  
nace una piel nueva que derrota el verano  
porque me has enseñado a respirar<sup>2</sup>

En el prólogo que Ramón de Zubiría hizo a la primera edición de *De círculo y ceniza*, es decir a la primera edición de trabajo poético de Piedad Bonnett, señaló como elemento singular, como valor característico de su poesía, “la riqueza de las intuiciones poéticas... y la perfecta adecuación expresiva con que esas intuiciones quedan marcadas en los textos”. Y puede pensarse que tal caracterización sirve como definición de la poesía en general, en tanto se le exige una relación indisoluble entre significado y sonidos, pues en la poesía, más que en cualquier otro tipo de texto, la palabra se yergue plena y abierta a los sentidos, se instaure por sí y para sí misma, y se precisa entonces que la palabra corresponda al concepto. Más bien, habría que inventariar esas situaciones que Piedad Bonnett recupera con la palabra, no como quien salva de la destrucción del tiempo, sino como quien, justamente, atestigua su paso y, se permite a sí misma vivir, como por vez primera, lo que su palabra va contando:

“La esencia de la poesía es precisamente la pretensión de transformar lo que inspira; el poeta es invitado a ser lo que escribe”...Blanchot<sup>3</sup>

Y pese a los combates que libra con “la torpe mercenaria”, con la palabra, es como si supiera que su destino es el infinito laberinto donde habita el minotauro, y sabe que

“...Su realidad de tinta la salva de la pena de la ruina el despojo las lágrimas oh brutal despiadado minotauro”.  
Minotauro y desnudo (Pablo Picasso)<sup>4</sup>

La escritura de Piedad Bonnett es un registro de intuición, de saber, de comprobaciones de la experiencia, es una innegable contribución a los ‘trabajos y los días’ de la poesía.

“...De púas, de cuchillos, es la piel del poeta.  
Con el despertar de la luz sangra la piel del poeta,  
A veces, desalado, silencioso,  
desierto de los pies a la cabeza,  
anochece de bruces en su cama...”  
Madre e hijo<sup>5</sup>

1. BONNETT, Piedad, *No es más que la vida*. Colombia: Arango Editores, 1998
2. BONNETT, Piedad. *Todos los amantes son guerreros*. Santafé de Bogotá. Editorial Norma, 1998
3. BLANCHOT, Maurice. *Falsos pasos*. España: Pretextos. 1977
4. BONNETT, Piedad. *Todos los amantes son guerreros*. Op. cit.
5. Tomado de *No es más que la vida*. Op. Cit.

*Doris Elena Aguirre es Comunicadora Social de la Universidad de Antioquia, con estudios en Maestría sobre Filosofía del Arte en la misma Universidad*



Fragmento. *Cuadras*. Franz Marc. 1913

# ¿Por qué se escribe literatura?

Por: Mario Escobar Velásquez

Una pregunta casi forzosa a un escritor, un músico, un pintor o un escultor cuando éste ofrece una conferencia es: ¿por qué escribe usted, o compone melodías, o pinta, o esculpe?

La respuesta no es fácil porque involucra la esencia misma de la creación en el arte, y es preciso decir que al respecto se sabe muy poco, incluso por quienes hacen el arte.

Además es una pregunta que muy a menudo se hace el mismo creador, sin que esté nunca satisfecho con sus conclusiones.

Algunos facilistas suelen hablar de la inspiración. Para éstos, sobre quien crea se forma una especie de nebulosa que extiende como un tentáculo áureo una cinta que titila tocando en la coronilla del creador, iluminándolo acerca de lo que debe hacer. Si así fuera, el asunto sería demasiado fácil, y la facilidad no está nunca acompañando a las cosas del arte.

Es imposible negar que a veces algo parecido se da, y yo mismo lo he experimentado: Algo, Alguien, no entra de pronto con mucha naturalidad en medio de pensamientos, y me revela alguna cosa oscura que no había dilucidado, pensado o programado, y

que siempre tiene una importancia máxima. Es algo completamente ajeno a mí mismo, y a esa ajenez se la detecta en seguida con mucha claridad. Es Algo, Alguien, ajeno al subconsciente, aunque, que era éste, supo decirme alguna psicóloga desavisada que nunca ha experimentado fenómeno tal en sí misma, y que por lo mismo es incapaz de entenderlo. Y si yo llego a exponerlo acá, corriendo el riesgo de que se me tache de loco, es porque otros escritores han percibido tal fenómeno, han dejado en constancia escrita. Como Norman Mailer que confesó haber recibido el dictado entero de una novela, y como el autor de *Trópico de Capricornio* y otros trópicos, Henry Miller. Y el mismo Aristóteles, para ir hasta la antigüedad, pudo percibirlo y lo llamaba su "Demonio", si bien le hacía favores como los que a mí me ha hecho. Demonios llamaban también a sus dioses los griegos...

Empero, tal ayuda es esporádica y escasa. Yo, en el transcurso de veintitrés libros escritos, dieciséis de ellos publicados, experimenté esa ayuda en tres veces, y en todas ellas le agradecí anchamente, porque me resolvió problemas u olvidos, o me adicionó, para lo que escribía, cosas no vistas a pesar de su importancia. Eso lo extraordinario: lo otro es la aplicación a la tarea de una disciplina de legionario o de galeote.

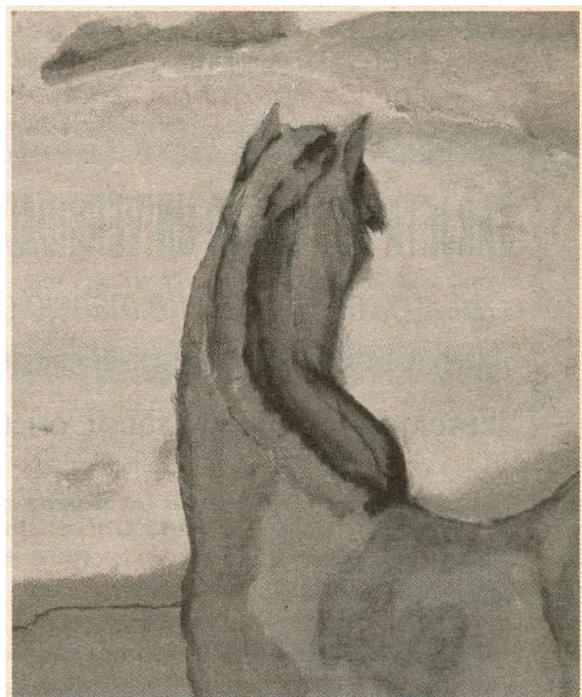
Bien: ¿por qué escribo? La verdad es

que no lo sé muy bien, salvo tal vez porque escribir me satisface en una medida singular en la que me puedo sentir vivo y pleno, como con pocas otras cosas, como amar y ser amado, por ejemplo. Escribir me es grato. Es una razón egoísta, pero ésta es la motivación de la mayoría de los actos de los seres humanos. El que ejerce el poder o lo detenta, el que acumula riquezas, el coleccionista, el donjuán, no tienen otra motivación.

Todo placer crea una adicción. El adicto llega a ser, sin que en las más de las veces lo perciba, un esclavo. Yo lo sé bien: cuando empiezo una novela suelo preguntarme: ¿Y para qué otra? Con las muchas que tienes ya no has encontrado la riqueza, ni la fama, ni los honores. Suelo responderme que es cierto, en tono de regañón, y vuelvo a predicarme que no persigo, ni espero, ni deseo honores, ni famas de mi literatura. A lo que aspiro es a que sea lo mejor que yo pueda lograrla, y ello me significa una cuantiosa inversión de tiempo. Me repito que cuando he casi logrado el plasmar en las letras lo que llevo por dentro, y qué me ilumina, ya estoy pagado con suficiencia, porque la satisfacción me colma y me colma la alegría de estar vivo, y me colma el que sepa que algún modo, así sea ínfimo, he dejado al mundo un poco mejor de como estaba, porque sigo creyendo que la belleza es lo que nos salva. Que belleza, y perfección, y verdad y bondad son la misma cosa, y que eso es lo que se pone en la literatura. Y sé también que el ejercicio de la belleza lo hace a uno mejor y más bueno, tantico

más cercano de la perfección. Que ese ejercicio hace más grande el alma, y que es así como crece su capacidad de comprender el mundo, y la ciencia, y los seres, y el universo y los animales. En otras palabras que a la literatura no hay que pedirle nada, sino dárselo todo, y que dando es como se recibe. Que no se escribe con ningún fin, como el ser conocido o reconocido, sino que el libro es ya el fin.

Sé muy bien que quien espera de la literatura, recibir de ella, no podrá nunca llegar a una perfección, porque la meta suya no es la literatura sino algo que está más allá de ella, como el dinero, o la fama. Que para ese, la literatura es un trampolín, es un medio. Que la excelencia de la obra tiene que ser el fin, sin consecuencias que se esperen o pidan. La mediocridad nace en muchos, de ese planteamiento, el de esperar retribuciones del arte, y necesariamente, porque es una



Fragmento. *Caballo en el paisaje*, Franz Marc.1910

confusión de los términos.

El resultado práctico de la literatura y de las artes no tiene importancia. Lo que cuenta es la belleza de sus logros, y el efecto del ejercicio espiritual en el alma del escritor o del artista, que se mejora al hacer arte. Porque, al igual que el sabio que se crece espiritualmente al entender una teoría de la ciencia y lograr plasmada en un principio del Universo que no se clasificaba aún, el escritor suele plasmar en algún personaje un asunto filosófico o ético o moral, o de otras índoles, que lo enriquece a él mismo al dilucidarlo, y de necesidad.

Para algunos, las consecuencias del arte, fama, dinero, llegan a veces. En ese llegar juega la suerte en las más de las ocasiones. A otros no les llega nunca en vida, o les llega póstumamente. El caso claro sería el de Vincent van Gogh, que en su vida no vendió un solo cuadro de los suyos, y a quien "todo el mundo" dio por fracasado.

Todo el mundo, que no sabía ver las cosas con el matiz de belleza que sí veía el pintor, y que plasmaba en sus cuadros. "Todo el mundo" aprendió a ver como él cuando ya no estaba, muerto por un tiro en su pecho y de su mano, después de soportar hambres y penurias por décadas. Nadie creyó en él, pero él nunca descreyó de sí. Tozudo como un riel, siguió pintando como sentía que debería hacerla: pintaba su mundo, y no el de los demás. De todos los demás no esperaba absolutamente nada. Ni siquiera esperaba que le

compraran, porque le dolía desprenderse de sus cuadros: seguía amándolos aún después de haberlos plasmado y tuvo razón: no ha habido nunca un triunfador más grande que él, ni otro que me ejemplarice más. ¡Loor a su osamenta!

El arte es un largo dolor, porque lo bello duele con dolores hermosos. Es una larga fruición, porque la belleza agrada, tan vecina del alma. Y tal vez una larga inutilidad. Para lo único que sirve una estatua bella es para hacer sentir la belleza, lo mismo que un cuadro o que un libro. El artista busca el arte para expresarse y sentirse bien, porque está condicionado para ser artista. No sabe estar sino siendo artista. Además, nadie escribe como quiere o anhela. Escribe tan bien como se lo permitan su conocimiento del tema, y su capacidad, por medio de la técnica, de embellecer. Como todos, además, escribe como es. Ni siquiera el artista es capaz de salir del laberinto que él mismo es. Escribe de violencia, y violento el violento, y con minucias el minucioso, y con conocimientos el conocedor, y con sensibilidades el sensible, y sin decir nada el que no tiene qué decir. Escribir es también retratarse.

Para terminar, todo suele dejarlo a uno, en una especie de traición. Es de aclarar que las condiciones de traición las dicto yo mismo, y así muchos y muchas me traicionaron sin quererlo, aun siéndome leales. La mujer en especial. Cada sucedida mujer, y fueron muchas. Y los hijos, crecidos e idos. Y los amigos,

éstos especialmente traidores. Y el dinero que tuve, y que me dejó y que no ha vuelto, ni creo que vuelva. Y el garbo y porte de la juventud, que también se fueron y que regresarán menos que el dinero. Y las arrugas que vinieron con su traición cárcava. Pero la Belleza no me traicionó nunca. La belleza, que llevo en mí, y que veo en tantas cosas. Tampoco el Arte: ni el ajeno ni el propio. El gran Señor, gran Damo. Tampoco las palabras me traicionaron. Ellas han estado entera la vida conmigo, y estarán. Fieles,

cariciosas, me duran. Las palabras más han sido mis amantes más duraderas. Con ellas he podido contar, y cuento siempre, para decir de mis cosas o cositas, y para no sentirme nunca solo.

No hay otra cosa qué decir. Se escribe porque escribir da el gozo. Es un placer egoísta, qué duda cabe.

*Mario Escobar Velásquez es escritor y Profesor del Taller de Escritores de la Universidad de Antioquia.*